Soldados estadounidense disparan un proyectil de artillería desde un obús M777A2, 22 de agosto de 2014, Base Aérea Kandahar, Afganistán.
(Foto: Departamento de Defensa, Especialista Ariel Solomon, Ejército de EUA)

Cómo prever la guerra futura

Dr. Robert A. Johnson

El Doctor Robert Johnson es el Director del programas de investigación Changing Character of War (CCW) de la Universidad de Oxford. El programa reúne a académicos, formuladores de política e integrantes de las fuerzas armadas en el estudio de la guerra, que se dedican a diversos temas de investigación, incluyendo la guerra y el Estado en el mundo conectado, la guerra no estatal y la estrategia. El Dr. Johnson también sirvió en el Ejército británico.

Derechos reservados por el autor. Este artículo fue originalmente publicado (en inglés) en la revista *Parameters*, número de primavera de 2014.

Resumen: En este artículo se evalúa cómo pensamos sobre la guerra futura y se destacan sus advertencias, obstáculos y problemas intelectuales. El mismo se divide en tres secciones: en la primera, se reconoce que prever el futuro es sumamente problemático, pero se sugiere que la historia puede servir de guía crucial. En la segunda, se evalúa el presente y por qué es difícil concebir la aceleración del cambio. En la tercera, se analiza las tendencias de la guerra futura. Finalmente, se concluye con las implicaciones para las fuerzas de EUA.

Cómo prever el futuro ambiente operacional

A lo largo de la historia, los cambios del carácter de la guerra han sido difíciles de identificar por los contemporáneos, especialmente, en los largos periodos de paz. Si bien puede haber tendencias y principios duraderos de estrategia y relaciones internacionales, es la variabilidad de las condiciones, cambios en el uso de la tecnología,

adaptación y dinámica del conflicto que hacen muy desafiantes el pronóstico y, en consecuencia, la planificación. El problema de prever el mismo, no ha impedido afirmaciones atrevidas y algunas visiones anti-utópicas del futuro que han sido propagadas a través de tratados sensacionalistas y hasta, aparentemente, en la erudición formal. Los modernos profetas de desastres que preven una anarquía Hobbesiana incluyen nombres distinguidos tales como Robert Kaplan, Francis Fukuyama, Samuel B. Huntington y, aunque en un grado menos apocalíptico, David Kilcullen.[1] Martin van Creveld y Philip Bobbit sugieren que el Estado está en un declive terminal en lo que respecta a los asuntos internacionales, lo que prepara el camino para el caos y la guerra.[2] Otros han sostenido que se podría pelear la guerra "en medio de la población" con resultados espantosos en términos de bajas civiles, y la doctrina militar oficial del Reino Unido de 2009 sobre el futuro carácter del conflicto, únicamente se refirió, en términos negativos, a un campo de batalla "híbrido" que, inevitablemente, estaría "disputado, congestionado, abarrotado, conectado y limitado".[3] Las obras sobre las tendencias estratégicas globales prevén un futuro violento en medio de recursos naturales en disminución, presiones climáticas y el crecimiento de la población global. Sin embargo, tales proyecciones están abiertamente en desacuerdo con las conclusiones de Steve Pinker, Andrew Mack y Håvard Hegre, específicamente, la conclusión de que la guerra, tanto de menor como de mayor escala, está en declive.[4] Un estudio estadístico llevado a cabo en la Universidad de Uppsala, el cual incorporó todos los impulsores estándares del conflicto desde 1945, prevé una reducción en el número de guerras y en el número de bajas generales en los siguientes cincuenta años.

En el pasado, los intentos de prever el futuro de la guerra eran muy contradictorios. Siempre resultaba atractivo para los contemporáneos aferrarse a sus valores y estructuras de fuerza firmemente arraigados y menospreciar las verdades desagradables. La selección de presunciones preferidas, en lugar de verdades absolutas, era un problema común. Sin embargo, algunas proyecciones, descartadas como absurdas por los contemporáneos, resultaron ser acertadas con el transcurrir del tiempo. La selección, exageración, absurdidad, temores y preferencias de los contemporáneos, mala interpretación y pronósticos a largo plazo mal concebidos fueron las características de prever la guerra futura y todas estas tendencias dominan el presente.[5]

Hay muchas razones por las cuales predecir es tan difícil, aunque haya "tendencias" positivistas aparentemente obvias para guiarnos. Es tentador hacer proyecciones en el presente basado en los tipos de guerras que parecen ser las más prevalecientes de hoy en día y presumir que, en el futuro previsible, todas las guerras caerán en este patrón. Los analistas militares desean identificar las características de la futura guerra con algún nivel de precisión, no solo porque los costosos programas de desarrollo tecnológico dependen de sus evaluaciones, sino porque el adiestramiento de especialistas es un proceso a largo plazo y los gobiernos requieren el éxito con el mayor nivel de eficiencia. La dificultad es que el éxito depende del contexto. La claridad en cuanto a cuál es el objetivo debe ser esencial, pero la dinámica de la guerra frecuentemente cambia las condiciones en las cuales se entró al conflicto. Por consiguiente, los objetivos evolucionan tan rápida e integralmente como el mismo conflicto. Las tendencias del reciente pasado proporcionan fuertes indicaciones sobre la guerra en el futuro cercano pero todavía se requiere precaución. Los Estados fallidos, el terrorismo internacional impulsado por ideologías radicales y un poder disminuyente de los Estados occidentales en cuanto a la influencia en los acontecimientos o poblaciones, pueden caracterizar el futuro inmediato. Sin embargo, el verdadero valor de la historia no es invocar analogías directas, tampoco se puede encontrar la respuesta en un intento de extraer selecciones para satisfacer una agenda particular, como sucede con gran frecuencia. En cambio, el valor de la historia yace en alentar la reflexión crítica, formular preguntas y desafiar las presunciones positivistas que bloquean nuestro campo visual. Estamos sujetos al flujo de la historia y no podemos escapar completamente de nuestro presente, pero deberíamos intentar liberarnos de la suposición irrazonable sobre el futuro a través del pensamiento crítico.

La guerra y la aceleración del cambio

Las evaluaciones recientes del futuro ambiente operacional han destacado las tendencias visibles en el presente. El relativo declive económico de Occidente en relación con el auge de la manufactura china, un fenómeno no necesariamente inevitable en el futuro, han dado lugar a la presunción de que el mundo se

tornará más multipolar. Dada la brevedad del momento unipolar de Estados Unidos después de la guerra Fría, la multipolaridad es apenas sorprendente, pero su relación con el declive económico relativo de Occidente es ilógica: no es automática. De hecho, el creciente potencial militar de China y la ambigüedad con respecto a los planes a largo plazo de Pekín, referidos con tanta regularidad y sospecha que el enfrentamiento ahora equivale a una condición aceptada e inevitable que quizás jamás ocurra, ni siquiera en el Pacífico.[6] China proporciona a las Naciones Unidas fuerzas de mantenimiento de la paz y su enfoque principalmente está centrado en su seguridad interna. Los temores de su potencial de ciberguerra frecuentemente no toman en consideración el deseo del gobierno chino de monitorear la sedición interna. La República Popular de China es particularmente sensible a su integridad fronteriza, una actitud razonable dadas las amenazas contra sus fronteras en 1950, 1960, 1962 y 1979. Más importante aún, China está restringida en sus ambiciones por su interdependencia con Occidente y la economía mundial. Depende de los mercados, así como del estado de quietud de su población interna. Una segunda afirmación es que los marcos conceptuales legales para las operaciones occidentales se tornarán menos flexibles y los oficiales militares expresan el temor de que estarán muy limitados para maniobrar en el futuro. Los asesores legales son vitales en las operaciones de baja intensidad en medio de la población y en el contraterrorismo pero tendrían un menor nivel de influencia en las campañas de alta intensidad. De hecho, cabe destacar que el asesoramiento legal en los países occidentales ha tendido a facilitar, en lugar de dificultar, las operaciones. El obstáculo verdadero es la aversión a tomar riesgo y el temor a la "juridificación" de las operaciones en el nivel estratégico y de formulación de política. Por ejemplo, se han expresado preocupaciones sobre las operaciones psicológicas, vigilancia y selección y adquisición de blancos, aunque estos son elementos intrínsecos en el contraterrorismo.

Una tercera afirmación es se prevén urbanos los futuros ambientes operacionales, con rápido crecimiento poblacional lo cual ejerce una presión insufrible sobre la infraestructura y recursos. Otra complicación es que el cambio climático se considera como el catalizador de mayor frecuencia en cuanto a los desastres naturales, lo que especialmente afecta a las ciudades costeras y las fuerzas occidentales podrían encontrarse en regiones devastadas. Se prevé que las crisis de recursos, una señal que acciona el principio de la guerra, alcanzará una etapa culminante cuando las demandas energéticas comiencen a exceder las existencias o reservas disponibles y se considera que las primeras que serían afectadas son las ciudades llenas de poblaciones empobrecidas. De hecho, es probable que se lleven a cabo ajustes significativos, sin embargo, estos serán impulsados por el mercado: en la medida que los costos llegan a ser demasiado altos, los consumidores y Estados se verán obligados a buscar otras alternativas —y la guerra no siempre será el resultado. Al delinear los cuellos de botella de oferta y demanda y el poder relativo de las ciudades, los Estados y actores no estatales pueden producir cierto nivel de correlación con el futuro conflicto; sin embargo, estas correlaciones no pueden ser consideradas como deterministas.

Las evaluaciones más precisas de la guerra en el futuro cercano son proporcionadas por el presente. Las mismas prevén grandes movimientos insurgentes que operan en áreas rurales y urbanas, profundamente entremezclados en la política del lugar y que gozan de la solidaridad, o por lo menos, del apoyo de sus poblaciones. Irak, Afganistán y Somalia han sido caracterizados como intervenciones militares occidentales de gran escala que antagonizaron a la población en estos lugares, amenazaron los intereses creados y fueron marcados con fines, maneras y medios apresurados o deficientemente alineados. Aún si una intervención deliberada no es la intención, es posible que, a corto plazo, los intentos de proporcionar ayuda humanitaria a una población en medio de una guerra civil, o una misión de mantenimiento de la paz que salió mal, pudiera producir complicaciones y obligaciones parecidas.

En vista de que las capacidades convencionales de Estados Unidos son tan abrumadoras y un intercambio nuclear es sumamente impensable, hay muchos que piensan que *todo* adversario futuro de Occidente librará una guerra irregular o no convencional. Algunas personas afirman que la guerra cibernética será más común.[8] Es posible que algunos conflictos no involucren a las fuerzas militares convencionales, pero pueden involucrar desde empresas militares privadas, corporaciones transnacionales hasta instituciones financieras.

Los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos sugieren que los ataques

futuros serán dirigidos a puntos débiles específicos en Occidente. Sus blancos, tales como las poblaciones civiles, embajadas e infraestructura, no siempre son no militares pero, de hecho, son exactamente estas vulnerabilidades que las fuerzas armadas de Occidente no deben dejar como última prioridad, ya que las agencias civiles carecen de las capacidades para protegerlas. A fin de hacerle frente a estas vulnerabilidades, probablemente se requiera una reevaluación radical del rol que juegan y función que desempeñan los ejércitos, junto con un nuevo reconocimiento de que es muy probable que el ambiente operacional futuro esté tanto, en la esfera nacional como en ultramar.[9]

La ansiedad que ocasionan las vulnerabilidades occidentales han producido una gran cantidad de especulaciones acerca de la guerra electrónica, escenarios de contraterrorismo, combates de robots y el futuro del poderío aéreo no tripulado para llevar a cabo ataques desde una distancia segura. El problema radica en que estos pueden no caracterizar la guerra futura, aunque resulte tranquilizadoramente previsible para sus defensores y críticos. Los analistas militares occidentales están deseosos de identificar los patrones con los cuales están familiarizados, hasta el punto que tienden a seleccionar y exagerar las amenazas e ignorar las futuras oportunidades. Gran parte de esto es cultural. Las ideas clausewitzianas sobre el carácter definitivo, la política de decisión y resultados rápidos son sumamente atractivos, aunque la guerra puede ser, en esencia, indecisa, prolongada, dinámica e imprevisible.

Se observa que una caracterización actual de la guerra es la creciente digitalización, con un énfasis en las métricas de la selección y adquisición de blancos, fuego, vigilancia y efectos. La permanente evolución de este fenómeno ha sido oscurecida por los recientes debates sobre las técnicas de contrainsurgencia. Sin embargo, los mismos están estrechamente relacionados porque, en el nivel táctico, los insurgentes intentan sobrecargar estos sistemas superiores a través de múltiples posiciones de fuego, o diversas formas de ataque, incluyendo los bombarderos suicidas. Los equipos de las Fuerzas Especiales todavía requieren llevar a cabo la vigilancia cercana para permitir que las armas computarizadas sean usadas y, por lo regular, necesitan esconderse en medio de poblaciones, o reclutar la ayuda de la población del lugar, usando hombres que tienen un alto nivel de empatía y comprensión en cuanto a las necesidades de los actores no estatales y sus agendas.[10] A pesar de los esfuerzos para eliminar la fricción con las nuevas tecnologías que contrarrestan el terrorismo e insurgencia, el personal y sus sistemas de alta tecnología todavía son vulnerables al cansancio, fracaso técnico y decisiones erróneas tomadas por comandantes cansados, estresados y escrutados. La neblina de información puede ser un obstáculo menor en la guerra convencional, pero los insurgentes intentan subvertir los sistemas de informática de Occidente, confundir, ofuscar y seguir escondidos. El ritmo acelerado de la guerra convencional va acorde con los sistemas tecnológicos de las fuerzas occidentales, pero no así los períodos de guerra prolongada en medio de poblaciones porque en este punto, la fricción reafirma su presencia con más fuerza.

La presunción, muchas veces repetida, es que las operaciones occidentales en el futuro serán expedicionarias, en vista de que no hay una amenaza estatal existencial para Estados Unidos o el Continente europeo. Los que desean evitar el carácter prolongado de la guerra terrestre, como la de Afganistán, hablan de la necesidad de operaciones aéreas y navales, o hasta de una estructura de fuerzas ligeras. Los partidarios de este tipo de postura, pocas veces se dan cuenta de las limitaciones del poderío aéreo expuestas tan recientemente como en las operaciones en Kosovo. Los partidarios de las fuerzas navales, motivados a destacar cómo los gobiernos podrían mantener su libertad de acción sin verse enredados en campañas terrestres, prestan menos atención a las vulnerabilidades del poder naval en los litorales congestionados, o al hecho de que en el pasado, la decisión en la guerra fue tomada muchas veces tanto en el terreno como en el mar. Los que imaginaron a las fuerzas ligeras formar parte en las operaciones de mantenimiento de la paz parecen no haber tomado en consideración las consecuencias cuando estas misiones salen mal, lo que resulta en un combate feroz y el riesgo de una derrota catastrófica.

La lógica de una presencia ligera en la guerra expedicionaria occidental en 2001-2003 era permanecer ágiles, minimizar el peso de la logística y evitar antagonizar a la población del lugar con cualquier presencia militar abierta y a gran escala. Estados Unidos, especialmente, intentó evitar toda idea de una ocupación en Afganistán para evitar repetir los errores cometidos por los soviéticos en 1979. En 2001, había una confianza considerable en la capacidad del poderío aéreo de

entregar soluciones sin un significativo compromiso terrestre. De hecho, lo que significa la lógica de fuerzas terrestres más pequeñas es mayor vulnerabilidad y menor inteligencia la cual solo puede ser compensadas por una mayor dependencia en el poderío aéreo. Sin embargo, a pesar de la llegada de los ataques de precisión y la mejorada selección y adquisición de blancos, la dependencia del poderío aéreo ha causado más bajas civiles. Este planteamiento mostró ser contraproducente en las operaciones de vigilancia militarizadas en que las fuerzas occidentales se encontraron subsecuentemente. El poder aéreo, por sí solo, no podría proporcionar la seguridad para el establecimiento de un nuevo gobierno. Desde las operaciones contra Libia (2011), se ha renovado el entusiasmo por las operaciones aéreas que evitan un compromiso terrestre y en 2013 se recomendaron ataques limitados con misiles contra el régimen sirio. Ha tomado cierta cantidad de tiempo para que los poderes occidentales se dieran cuenta de que no solo sus métodos de conducción de la guerra y estabilización ni su diseño de campañas y doctrinas, pueden ser considerados como inmutablemente superiores, y se han visto obligados a cambiar constantemente, a medida que se desarrollaban las operaciones.

Las nuevas tecnologías, desde los vehículos aéreos no tripulados hasta la robótica, y nuevos métodos tales como la negación de servicio o interrupción cibernética, no hacen más para garantizar la victoria de lo que hizo la confianza en el poder aéreo y naval a principios del siglo XX. La novedad de una tecnología, por sí sola, jamás ha garantizado el éxito —es la integración de la innovación en métodos e instrumentos eficaces que proporciona una ventaja estratégica o táctica. Esto ha sido el caso especialmente en las aeronaves no tripuladas con la capacidad de atacar con misiles. Ha tomado lugar un acalorado debate sobre el carácter, tanto legal como ético del asesinato selectivo en Estados que no está en guerra con el Occidente, tales como Yemen o Pakistán, el traslado temporal de guerreros insurgentes del campo de batalla a través del encarcelamiento extra-legal y la rendición extraordinaria de los guerreros sospechosos.[12] La realidad es que los enemigos de Occidente subvierten las leyes del conflicto armado occidental; atacan mientras se esconden entre la población civil del lugar, mienten en sus operaciones de información y declaran que su intención es infligir bajas masivas contra los que no aceptan sus ideas. El interés occidental de proteger a las poblaciones, profundamente internalizada desde la época de los bombardeos aéreos en masa de las guerras mundiales, no es una prioridad para muchos de los beligerantes no occidentales. Si bien, puede ser inquietante y desagradable para Occidente, la realidad es que la intimidación, el temor de represalias y el poder militar abrumador, con demasiada frecuencia, han persuadido a una población aceptar mucho más que el asesinato selectivo ético tan valorado por los occidentales.[13] Sin embargo, las inconsistencias también pueden aprovecharse. Los ataques con vehículos aéreos no tripulados, sin un claro marco conceptual de las reglas de enfrentamiento, erosionan aún más los límites entre la guerra y la paz y, hace más fácil que los grupos no estatales reafirmen el hecho de que también ellos tienen derecho de contraatacar en un ambiente internacional.

Los ambientes urbanos y marginales donde no se garantiza el control gubernamental claramente presentan los problemas más graves para las fuerzas de seguridad y, a veces, las fuerzas armadas pueden asumir un papel temporal como autoridad de gobernanza con poderes legales. Los ejércitos occidentales consideran el concepto de seguridad interna menos atractivo que librar una guerra fuera de las fronteras nacionales. La seguridad interna se considera una forma de actividad policíaca, en lugar de una actividad militar. La triste historia de la seguridad interna y la coerción de poblaciones, que era el papel tradicional de los ejércitos antes del siglo XIX, pueden parecer anatema a los militares profesionales. Sin embargo, se necesita destacar la meta de obligar a los adversarios a sentarse en la mesa de negociaciones como parámetro del éxito, al tomar en consideración la negociación como normativa, en lugar del concepto excepcional de la guerra total, o sea, la victoria militar a través de la destrucción de los medios para resistirla. El considerar la guerra como una extensión de la política significa que la victoria es una correlación de los fines, medios y recursos, y es un proceso continuo y no un estado final.

Sobre todo, la incapacidad de prever el futuro con confianza puede ayudar a explicar el deseo actual de buscar lo nuevo mientras se retiene lo familiar en la planificación de guerras futuras. Sin embargo, en el ambiente operacional futuro, coexistirán los conceptos de guerra tanto antiguos como nuevos. Si bien algunos adversarios usarán nuevos sistemas de armas y

operaciones de información, otros atacarán las infraestructuras e intentarán movilizar las poblaciones a través de agravios ideológicos, pero otros, físicamente, cavarán trincheras y lucharán a corta distancia. No habrá un patrón de predicción, porque todo conflicto tendrá su propio contexto.

Es común encontrar que los patrones en el discurso de la guerra futura y las ansiedades del presente, por lo regular, se proyectan en el futuro en término exagerados.[15] Las evaluaciones menos sensacionalistas no son tan atractivas, llaman menos la atención y, si no se llevan a cabo, se presentan como ejemplos de complacencia. Las tendencias históricas a más largo plazo son difíciles de identificar: no se puede tener la certeza de que la tendencia identificada es la correcta. Además, es imposible ignorar el tipo de guerras en el presente. Parece que hasta el momento, el mundo está en un período de conflicto no convencional. Las proyecciones se hacen contra este patrón establecido, lo cual explica porqué los que buscan demostrar una disminución de la guerra en el futuro a través de datos estadísticos están tan convencidos como los fatalistas.

Las inherentes contradicciones de estos análisis sugieren que, de hecho, no hay garantía de que los patrones y trayectorias sean fiables. No es inevitable que la guerra no convencional de baja intensidad de hoy en día aún continue en el futuro cercano. Es posible que ocurran episodios de guerra interestatal intensa y sumamente destructiva, tal vez incluso, un intercambio limitado de armas nucleares tácticas.

Además, según señala David Kilcullen en su reciente libro titulado, *Out of the Mountains: the Coming Age of the Urban Guerrilla*, no es que las tendencias del cambio sean desconocidas e imprevisibles sino el *ritmo* de dichos cambios.[16] Sostiene que las instituciones, Estados, gobiernos y fuerzas militares existentes se verán abrumados por la escala de inestabilidad en las megaciudades y el ritmo de la nueva conectividad. Especialmente, alega que el futuro ambiente operacional estará en las ciudades en lugar de los Estados, con futuros conflictos probablemente centrados en la periferia de extensas conurbaciones costeras en el mundo en vías de desarrollo, donde los grupos armados no estatales, tales como los carteles de droga, las pandillas callejeras y los señores de la guerra compiten por recursos e influencia. Los estados fallidos serían la característica dominante del futuro y Kilcullen desarrolla la idea para sugerir que a los Estados se les hará difícil gobernar las megaciudades. Además, Kilcullen describe cómo la conectividad moderna, tales como Internet, teléfonos móviles, tecnología satelital, Google Earth y redes sociales presentan tanto desafíos como oportunidades en este nuevo ambiente operacional. Estas herramientas pueden movilizar a los manifestantes como lo hicieron en la Primavera Árabe, mantener una economía extraoficial en Mogadiscio, entrenar a soldados y armeros inexpertos y, ser usadas por niños para identificar las posiciones de los francotiradores del régimen de Libia. Esta conectividad entra en juego tanto en el nivel local como global y abrumará a las fuerzas militares convencionales e instituciones gubernamentales.

Al proponer una teoría de lo que será nuevo en cuanto al ambiente operacional, se puede perder de vista la continuidad. Si bien las ciudades potencialmente serán el suelo fértil para sembrar la semilla de inquietud popular, también se da el caso de que las áreas urbanas dependen de sus tierras en el interior. El punto es que se puede circunvalar y contener a las ciudades como si fueran zonas de combate. Son interdependientes de otras ciudades, puertos, infraestructuras de transporte y sus alrededores y, según lo describe Kilcullen, esto significa que el sistema urbano consta no solo de un ambiente urbanizado, sino también de redes de apoyo que le sirve. Además, se necesita reconocer la importancia de las ideologías y aspectos legales del ambiente operacional, ya que las limitaciones impuestas sobre las fuerzas de seguridad son muy probables si han de enfrentar un ataque terrorista de enjambre estilo Mumbai, una contaminación masiva u operaciones de baja intensidad contra una población agraviada y empobrecida que toma acción contra su deprivación.

Kilcullen reitera que las ansiedades históricas acerca de los recursos, amenazas y reputaciones, es poco probable que desaparezcan como causas de la guerra. Es probable que los fines de la guerra permanezcan previsibles, mientras que los medios y recursos se transformen considerablemente. Sin embargo, junto a estos cambios, permanecen las modalidades tradicionales de la guerra. El uso de la fuerza como instrumento de política, el cual parece inevitable, puede ser estratificado en la guerra limitada, la amenaza de la *guerre a l'outrance* [guerra total] (en términos de armas de destrucción masiva) e intentos de neutralizar a un enemigo con el fracaso de su propia estrategia. Sin

embargo, los nuevos medios durante este siglo pueden abrir nuevas posibilidades o nuevas maneras de lograr fines estratégicos.

En lugar de una singular crisis global en el futuro, los conflictos de recursos y presiones poblacionales variarán según la región.[17] Algunas crisis, debido a su propia escala, pueden acelerar rápidamente. El suministro limitado, el agotamiento, o los costos incrementados de la extracción de recursos tales como la energía, el agua y los comestibles, también variarán y afectarán al mundo en vías de desarrollo de una manera más adversa que al mundo desarrollado. El *Global Environment Outlook* de 1999 previó un conflicto por el agua potable en el Norte de África y el Medio Oriente entre 2000 y 2025, aunque los asuntos ideológicos y de gobernanza todavía predominaran en estas regiones a mediados del período proyectado.[18] Las presiones financieras también han demostrado estar lejos de ser isotrópicas: la falta de crédito en los países menos desarrollados los deja más vulnerables ante la inquietud popular. Hay muchos que han previsto que la desigualdad y el desempleo juvenil aumentarán en los siguientes 30 años y que probablemente habrá el incremento correspondiente de grupos descontentos quienes están dispuestos a tomar medidas violentas.

Sin embargo, hay riesgo de exagerar: los ataques terroristas contra las infraestructuras son de corta vida y no pueden destruir todos los sistemas. La verdadera vulnerabilidad de Occidente podría quedar expuesta por el colapso económico de China, a través de alguna forma de inquietud social masiva y el estancamiento global en el comercio e intercambio financiero. Sin embargo, la revolución digital promete incrementar el PIB global de manera mucho más rápida y más extensa que la revolución industrial. Es probable que la aceleración del cambio tecnológico produzca grandes beneficios así como resultados perjudiciales. La secuenciación del genoma humano en 2000 tomó algunos años y un costo de US$ 50 millones; en la actualidad puede lograrse en un día, con menos de US$ 1.000.[19] Esta investigación médica avanzada le proporciona a Estados Unidos una gran ventaja estratégica en cuanto a las relaciones globales. Lo mismo sucede con la revolución de información en marcha. Cada dos días se genera más información que la producida en los últimos 2.000 años combinados.[20] La implicación es que los agravios se amplificarán más rápidamente y habrá una audiencia mucho más grande, pero las soluciones también pueden ser más rápidas de lograr. Esta posibilidad sugiere que habrá un mayor nivel de volatilidad en los dominios informativos, físicos, infraestructurales e ideacionales.

Las tendencias de la guerra futura

El carácter de la guerra en el futuro cambiará tan frecuentemente como en el pasado, pero habrá muchas continuidades impactantes, incluyendo el terrorismo y los movimientos de protestas masivas violentas. Es casi seguro que habrá un incremento significativo en la guerra irregular en las ciudades y la guerra sistémica. Hay las siguientes 10 tendencias en la guerra futura: la guerra irregular en las áreas urbanas que se aprovechan de la vulnerabilidad infraestructural; porosidad, dispersión, profundidad; cautela; miniaturización del poder de combate; privatización de la violencia; devolución; operaciones sistémicas nodales y de precisión.

En grandes ciudades, el terrorismo de baja intensidad podría ser mucho más probable. Los conflictos prolongados requieren una significativa cantidad de mano de obra militar y policíaca, compromisos de vigilancia y operaciones mediáticas administradas. En la guerra futura, las milicias urbanas pueden ser capaces de ganar el acceso de armas más letales, incluyendo los misiles de tierra a aire, armas anti blindadas y armas químicas o biológicas. En la guerra urbana, las fuerzas militares encontrarían una autoridad civil en vías del colapso, múltiples instituciones que trabajan en las mismas zonas con sus propias agendas y una población civil vulnerable que espera ser ayudada.

La guerra sistémica es muy poco convencional, que incluye ataques contra los sistemas financieros, la destrucción deliberada de economías locales para crear regiones y poblaciones dependientes; la participación difusa y en masa en actividades anti-Estados y anti-gobiernos; operaciones de información; el crimen y bloqueos cibernéticos; guerra electrónica disruptiva; ataques biológicos selectivos contra secciones de la sociedad; descontinuación de la producción de energía eléctrica o apagones, o la contaminación de alimentos y agua. Todo tipo de asalto se caracteriza por un énfasis en la naturaleza sistémica de las consecuencias: están concebidos para interrumpir,

degradar, desacreditar o destruir sistemas de los que depende el Estado o el pueblo.

El proceso de difusión ha afectado el campo de batalla desde el principio de la era industrial a medida que las armas más letales, de mayor precisión y alcance, han avanzado en profundidad. Desde la batalla de Gettysburg librada en un radio de acción de unas millas en 1863, la Segunda Guerra Mundial se caracterizó por un conflicto que se extendió por una variedad de teatros alrededor del mundo, que requirió la movilización de las economías internas y de sus poblaciones. Desde 1945, tanto las guerras no convencionales como las guerras convencionales abiertas han afectado a todo el mundo. La naturaleza interconectada de la economía mundial y de los sistemas de comunicación significa que todavía el mínimo acto terrorista se difunde por todo el mundo.

Estrechamente vinculado a la idea de dispersión se encuentra el ocultamiento o cautela, con pequeñas organizaciones que operan fuera de la vista o, que intentan permanecer ocultas en medio de las poblaciones o terreno remoto. Curiosamente, a pesar de las declaraciones de que las organizaciones clandestinas son especialmente una amenaza para el Occidente, las firmas digitales son cada vez más difíciles de ocultar. Las fuerzas militares estatales modernas todavía están más expuestas y vulnerables y, en el futuro, el camuflaje de los conflictos en medio de la población requerirá una combinación completa.

Desde la revolución industrial, la ingeniería de precisión ha facilitado los sistemas de armas más pequeñas y eficaces, mientras que los avances en la física y química han aumentado su poder explosivo. Al mismo tiempo, ha sido posible la fabricación de plataformas, aunque más pequeñas que proporcionan el mismo o mayor poder de combate. Las ametralladoras, grandes y engorrosas, se convirtieron en armas portátiles. Después de las primeras bombas atómicas, se diseñaron las nuevas generaciones de armas nucleares hasta que fue posible fabricar un dispositivo tan pequeño como un proyectil de artillería nuclear. En el futuro cercano, es posible imaginar sistemas de armas de considerable magnitud que pueden ser portadas por personas. La conclusión de esta tendencia es que toda ciudad, puerto y provincia es una posible zona de combate.

Es probable que en el futuro cercano la guerra sea aún más individualizada a medida que los grupos, cada vez más pequeños, declaran el derecho de hacer la guerra, equipados con un significativo poder de combate. El creciente numero de contratistas de seguridad privados y compañías militares privadas, tanto en las tareas de seguridad internas como en las del exterior, es una tendencia que probablemente continue. Tal fenómeno hace más fácil la conducción de una guerra entre terceros, con grupos que pueden ser negados y personas entrenadas y equipadas por actores tanto estatales como no estatales. Las tropas irregulares asameses, los carteles de droga mexicanos, los piratas somalíes y los guerreros del delta nigeriano, han organizado campañas sostenidas contra gobiernos, intereses internacionales y grandes empresas bajo sus propios términos.

La difusión del poder y comunicaciones desde finales del siglo XIX en Occidente, y que ahora se han extendido a todas partes del mundo, reflejan los nuevos modos de hacer la guerra. El desarrollo de la tecnología y comunicaciones que, una vez, también fue el privilegio de la elite y del Estado, ha pasado a manos de la población y se ha convertido en un habilitador clave de los movimientos irregulares. La transferencia también ha habilitado a las fuerzas del Estado: las comunicaciones de radio móviles y portátiles permiten que pequeños equipos y hasta personas disfruten de una mejor conciencia situacional para localizar blancos y maniobrar. La creciente especialización significa mayor conectividad; la interoperabilidad y transferencia son esenciales para proporcionar eficazmente los efectos.

Los desarrollos tecnológicos siguen mejorando la precisión y el poder abrumador con el cual llevar a cabo ataques desde una distancia segura con efectos considerables. Sin embargo, los medios más precisos de guerra en el futuro requerirán más guerreros-técnicos, capaces de manejar diestramente estos dispositivos tanto en las operaciones de defensa como de ofensiva, así como las nuevas generaciones de tecnología anti-músiles y vehículos semi-autónomos. Además, será necesario contar con plataformas multiuso, capaces de operar en tierra, mar, aire y electrónicamente, y es probable que haya un menor número de Fuerzas Especiales versátiles, sumamente entrenadas y bien equipadas, cuyas vulnerabilidades serán contrarrestadas por una gama de opciones de apoyo (en el transporte, inteligencia, fuegos, pericia y logística), pero en

todas estas operaciones estatales, el énfasis se centrará en una mayor precisión seguido de ocultación, dispersión y adaptación, según las amenazas de ataques clandestinos presentados por fuerzas no estatales o terceros. Necesariamente, se requerirá de nuevos sistemas para operar con precisión subterráneamente, en espacios urbanos, en edificios altos, bajo el agua y en el espacio. En el futuro, las fuerzas necesitarán aún mayor precisión y, más importante aún, una *mayor velocidad en la localización y adquisición de blancos* de las que cuentan en el presente, si ha de poder destruir a las fuerzas terroristas que se encuentran u operan en medio de poblaciones.

La capacidad de infligir una degradación nodal o sistémica de la capacidad enemiga de resistir, comandar o comunicar, será una característica de la guerra futura, lo que implica el parálisis de las comunicaciones, mayor énfasis en la guerra informacional-psicológica, cibernética o, en el futuro, hasta neurológica. Esto representará una forma de envolvimiento electrónico cauteloso y negable. Estos modos formarán parte de distintas operaciones más generales contra las amenazas principales de los enemigos situados dentro de las poblaciones nacionales.

Las implicaciones para las fuerzas armadas contemporáneas

En un corto artículo, las conclusiones son difíciles y necesariamente selectivas. Sin embargo, la brevedad y afirmaciones tajantes pueden provocar el pensamiento crítico y, es a través de los intercambios informados que podemos cuestionar las presunciones, refinar nuestras conclusiones y permanecer alertas en cuanto a los conceptos erróneos. Con este espíritu, se ofrecen los siguientes pensamientos finales.

Las futuras fuerzas serán cautelosas, operarán sistémicamente a través de redes de comunicación y la explotación de las vulnerabilidades de la sociedad. Usarán la guerra de información para sembrar el miedo y pánico, pero también para librar una guerra cinética entre y contra las poblaciones civiles. Su objetivo será destruir los sistemas financieros, infraestructura y la disposición para mantener la resistencia. Esta guerra no convencional será más frecuente que las guerras de alta intensidad sostenidas en el pasado, aunque estas también pueden producirse. La militarización del espacio parece ser inminente.

A fin de enfrentar estas amenazas, los Estados deben identificar sus propias vulnerabilidades y tomar las medidas necesarias para abordarlas, aunque esto signifique la reorganización de sus fuerzas armadas. La preparación para esta guerra difusa, dispersa y descentralizada del futuro también significará nuevas medidas de defensa civil. En el futuro conflicto contra el terrorismo, la información y guerra psicológica serán esenciales. La preparación en tiempo de paz probablemente confunda los papeles que juegan las operaciones de seguridad internas prolongadas, las misiones de mantenimiento de la paz y de contrainsurgencia o contraterrorismo. Probablemente, las fuerzas armadas serán desplegadas cuando se reciba inteligencia específica en operaciones sumamente móviles y excepcionalmente rápidas. Los ataques parecerán redadas. La inteligencia será el pilar de las operaciones, pero los blancos de oportunidad estarán disponibles fugazmente y se requerirá una respuesta rápida y precisa para aprovecharlos. El uso inteligente de los conceptos tácticos será vital, pero también el enlace más estrecho con una diversidad de instituciones civiles.

Las tendencias actuales de la guerra son una guía incompleta del futuro ambiente operacional, pero dan cierta forma a su probable dirección. Los temas sobre la porosidad; dispersión; profundidad: cautela; miniaturización del poder de combate; privatización de la violencia; descentralización; precisión, operaciones nodales sistémicas y la vulnerabilidad infraestructural, se producirán en una variedad de dominios —físicos, infraestructurales, ideacionales e informativos, especialmente con respecto a las ciudades y sistemas. La gramática de la guerra, en estas áreas, ha cambiado. El comprender las ciudades y sus áreas del interior, su morfología, conexiones y vulnerabilidades les proporciona a los futuros comandantes una ventaja importante, ya sea, si dirigen fuerzas regulares, irregulares cibernéticas. La comprensión de la nueva conectividad de sistemas, ya sean, electrónicas, urbanas, basadas en recursos o informacionales, determinarán la "alfabetización" de las fuerzas armadas en el futuro. Las fuerzas militares tendrán que adaptarse al nuevo ambiente o enfrentar la derrota. Una manera de mejorar la capacidad de adaptarse es destacar la importancia de la innovación, improvisación y adaptación, y usar el pasado como una guía crítica para el desarrollo educacional y el cambio institucional.

Referencias Bibliográficas

1. Kaplan, Robert D., "The Coming Anarchy," *The Atlantic*, febrero de 1994, http://www.theatlantic.com/ideastour/archive/kaplan.mhtml; Fukuyama, Francis, The End of History and the Last Man (Nueva York: Free Press, 1992); Huntington, Samuel B., Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order (Nueva York: Simon and Schuster, 1996); Kilcullen, David, Out of the Mountains (Londres: Hurst & Co., 2013).

2. Van Creveld, Martin, "The Fate of the State," *Parameters* 26, nro. 1 (Primavera de 1996): págs. 4-18; Philip Bobbitt, The Shield of Achilles (Nueva York: Penguin, 2003).

3. General Rupert Smith, The Utility of Force: (Londres: Allen Lane, 2005); Ministry of Defence, The Future Character of Conflict (MOD, DCDC Strategic Trends Programme, 2 de febrero de 2010).

4. Pinker, Steve, The Better Angels of Our Nature: Why Violence Has Declined (Nueva York: Viking Books, 2011); Mack, Andrew, "More Secure World" discurso ante ANU, febrero de 2011; Hegre, Håvard y col., "Predicting Armed Conflict, 2010-2050," *International Studies Quarterly* 55(2) (2013): págs. 1-21.

5. Véase Echevarria, Antulio J. II, Imagining Future War: The West's Technological Revolution and Visions of Wars to Come 1880–1914 (Nueva York: Praeger, 2007).

6. Véase Coker, Christopher, The Improbable War: China, the United States and the Logic of Great Power Conflict (Londres: Hurst, 2014) para una segunda opinión.

7. Ahmed, Akbar, The Thistle and the Drone: How America's War on Terror Became a Global War on Tribal Islam (Nueva York: Brookings, 2013).

8. Mumford, Andrew, Proxy Warfare (Cambridge: Polity, 2013).

9. Las implicaciones son que las fuerzas policiales puedan estar obligadas a desarrollar más capacidades paramilitares o, tal vez, que las fuerzas militares estarán obligadas a enfrentar, más frecuentemente, los deberes del Apoyo Militar al Poder Civil y, tal vez, combinar con las tareas policiales.

10. Davis, Diane E. y Pereira, Anthony W., editores, Irregular Armed Forces and their Role in Politics and State Formation, (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), págs. 149-177; Long, Austin, "Going old school; US Army Special Forces Return to the Villages," *Foreign Policy*, 21 de julio de 2010, http://afpak.foreignpolicy.com/posts/2010/07/21/going_old_school_us_army_special_forces_return_to_the_villages; Tilly, Charles, The Politics of Collective Violence (Cambridge University Press, 2003), p. 19.

11. Drew, D. M., "US Airpower Theory and the Insurgent Challenge: A Short Journey to Confusion," *Journal of Military History*, 62 (1998): págs. 809-32.

12. Roth, Kenneth, "What Rules Should Govern US Drone Attacks?" *The New York Review*, 25 de marzo de 2013, págs. 16-18.

13. El uso del terror mejor documentado y más integral contra la insurgencia incluyen el aniquilamiento bolchevique de la resistencia blanca en la Guerra civil rusa y la destrucción de las actividades de la resistencia francesa por los Nazis en el centro y sur de Francia durante la Segunda Guerra Mundial.

14. Hobbs, Richard, The Myth of Victory: What is Victory in War? (Boulder, Colorado: Westview, 1979).

15. Hasta ahora, el cambio en la historia humana ha sido incremental con "acontecimientos de cizalla" periódicos y episódicos que son interpretados, subsecuentemente, como momentos decisivos. Según Clausewitz y Jomini, el gran momento decisivo de su época era la Revolución Francesa, pero para muchos en la historia militar, estos momentos eran identificados como, ya sea, combates decisivos, avances tecnológicos o los logros de comandantes particulares. Se desafiaron tales determinismos en la historia y ciencias sociales convencionales, pero parecieron haber disfrutado más longevidad en los estudios militares. Véase Black, Jeremy, Rethinking Military History (Londres: Routledge, 2004).

16. Kilcullen, David, Out of the Mountains: The Coming Age of the Urban Guerrilla (Oxford: Oxford University Press, 2013).

17. En una obra reciente de MCKinsey and Company, los cambios demográficos y el auge de mercados emergentes, sostienen ellos, pondrán presión sobre los recursos globales a un nivel sin precedentes. Los precios subirán a 40% para 2030 y habrá una brecha de 30% entre la oferta y demanda de energía en el petróleo y gas. Probablemente será una brecha de 40% en la oferta y demanda de agua. El consumo de carne global incrementará, poniendo presión sobre el terreno disponible.

18. Klare, Michael T., Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict (Nueva York: Metropolitan Owl, 2001). Los Estados más vulnerables al conflicto son: Somalia, República Democrática de Congo, Sudán y Sudán del Sur. Las áreas que son en peligro significativo son: Chad, Yemen, Afganistán, Haití, la República Centroafricana, Zimbabue, Irak, Costa de Marfil, Pakistan, Guinea, Guinea Bassau y Nigeria.

19. La presentación de McKinzey en la Universidad de Oxford, 28 de noviembre de 2013.

20. *Ibíd*.